

za:» *Et congregabuntur filii Judá et filii Israel páriter, et ponent sibimet caput unum.*

Hé aquí, en resúmen, confirmado el grande y admirable misterio de la vocacion de los gentiles al seno de la verdadera Iglesia, por innumerables figuras que lo anunciaron desde los primeros dias del mundo. Y este misterio de amor se realizó; aquel pueblo que yacia en las tinieblas, y del que formaron parte nuestros padres, vió al fin una grande luz, la luz de la verdad y la santidad, la luz que nos ha de conducir á nuestro último y feliz destino. ¡Ojalá, señores, que por nuestra ingratitud no seamos privados de esta luz, y volvamos á caer en las tinieblas de nuestra pasada ignorancia! ¡No lo permita el Señor por su bondad y misericordia!—AMEN.

## HOMILÍA

SOBRE EL EVANGELIO DE LA FESTIVIDAD

DE LA

### ASCENSION DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

*Recumbentibus undecim discipulis, apparuit illis Jesus.*

Marci, cap. 16, v. 14.

ENTRE todas las solemnidades que celebra la Iglesia nuestra Madre, ninguna más augusta, más tierna, más conmovedora, que la Ascension gloriosa de nuestro divino Salvador á los cielos. No es posible contemplarle sin experimentar en nuestras almas las más vivas emociones. De mí, yo os confieso, que al oír sólo la lectura del santo Evangelio, mi espíritu se arrebató lleno de una celestial dulzura, y trasportándome al pié del monte de las Olivas, testigo de tantos y tan encontrados prodigios, ya veo abiertos los cielos y descender millones de ángeles, resplan-

decientes más que el sol, entonando al vencedor de la muerte himnos de gloria; ya penetrando las oscuras cárceles del infierno, contemplo, llenos de furor, á los espíritus infernales, cargados de cadenas y desposeidos de su imperio; ya veo alrededor de nuestro adorable Salvador una multitud innumerable de patriarcas y esclarecidos héroes del antiguo Testamento, que le tributan homenaje de gratitud, de amor y de adoracion; y á sus piés veo á los apóstoles y discípulos que levantan los ojos al cielo, y siguen con su mirada, con sus lágrimas y con sus corazones al amado Maestro, á quien arrebatada y oculta al fin una brillante nube. ¡Ah! ¡qué bello, qué magnífico y consolador es este cuadro!

Pero esta misma grandeza constituye la dificultad, la imposibilidad de ser comentado por lenguas humanas. Hay hechos, señores, en la historia de nuestra adorable religion, que por sí mismos se explican mejor que comentados por nuestra débil razon y nuestra grosera lengua: la mano del hombre no puede tocarles, sin destruir su interés y belleza. Por tanto, yo me concretaré hoy sólo á una sencilla exposicion del santo Evangelio, y creo que así llenaré mejor mi sagrado ministerio y el objeto de vuestra piedad.

*Recumbentibus undecim discipulis apparuit illis Jesus.*

Marci, cap. 16, v. 14.

Cuarenta dias habian trascurrido desde que nuestro divino Salvador, vencedor de la muerte y del infierno, habia resucitado á la vida. Durante todo este tiempo, multiplicando sus apariciones y conversando con sus discípulos con la mayor familiaridad, no habia cesado de convencerles de la identidad de su persona y de la verdad de su resurreccion. Todo el asunto de sus conversaciones habia sido el reino de Dios, tanto en el cielo, del que volvia á tomar posesion muy pronto, como en la tierra donde dejaba establecida su Iglesia, del sentido profético de las Escrituras, de la institucion y eficacia de los Sacramentos y de todo lo que habia de realizarse, en fin, en la tierra y en el cielo. Y estando ya terminada su mision, se presenta por última vez á los once discípulos, cuando comian en Jerusalem; *recumbentibus undecim discipulis, apparuit illis Jesus*. Notable circunstancia, amados míos, que en la mayor parte de las apariciones del Salvador resucitado á sus disci-

pulos, ó se preparaban á comer, ó el mismo divino Redentor les excitaba á ello.

Pero en esta conducta se dejan ver diversos fines en la sabiduría del Señor. Se proponía congratularse, en primer lugar, con sus discípulos, dándoles esta prueba de benevolencia y amor, cual suelen hacer los reyes y altos personajes con los servidores de su mayor estima. Se proponía, en segundo lugar, hacerles conocer la identidad de su persona y la verdad de su resurrección. Y se proponía, en tercer lugar, santificar con su presencia las comidas y convites, donde tanto se olvidan de Dios los hombres que viven una vida puramente animal, donde tantos desórdenes se cometen y de donde tantos y tan funestos males han surgido, desde las comidas groseras de los israelitas en el desierto, hasta los más escandalosos convites, llenos de profusion y de crápula, de nuestros días.

«Y les reprende ágriamente por su incredulidad y dureza de corazón, continúa el santo Evangelio, pues aunque le habían visto resucitado no le creían:» *Quia iis qui viderant eum resurrexisse, etc.*

Los apóstoles aun no habían acabado de desprenderse de sus hábitos groseros; sus corazones carnales no sabían conocer aun ni complacerse con las bellezas espirituales de la fé. Las ignominias de la pasión é infamia de la muerte de su Maestro, habían dejado una huella muy profunda en sus almas. Aquellas palabras que dirigieron, por insultarle, los ju-

dios al Salvador en los últimos momentos de su vida: «si eres el Hijo de Dios, baja de la Cruz, y creeremos en tí,» tenían una apariencia deslumbradora de verdad y de convencimiento, que no les era dado aun penetrar. Porque, ¿qué cosa más sencilla y más á propósito para desconcertar los planes de los enemigos de Jesús, y triunfar de todas sus persecuciones, que bajar de la Cruz á la vista y á pesar de todos ellos? Pero precisamente porque era el Hijo de Dios no bajará de la Cruz; lo que creían los judíos ser un medio de credibilidad, era cabalmente el mayor obstáculo. Para un puro hombre hubiera sido una gran cosa bajar de la Cruz y salvarse, pero es propio de un Dios, y sólo de un Dios, el triunfar por medio de las humillaciones y abatimientos. Precisamente porque Jesús es el Hijo de Dios no bajará de la Cruz; mas esta verdad no podía ser comprendida aun por los apóstoles, ni lo fué hasta que descendió sobre sus almas la plenitud del Espíritu-Santo. Por eso el Salvador, al paso que les reprende, les sufre y les compadece, y continúa diciéndoles:

«Id, pues, por todo el mundo, predicad mi Evangelio á toda criatura; el que creyere y fuere bautizado se salvará, el que no creyere se condenará:» *Euntes in mundum universum, etc.* Notables palabras; aquí, señores, se multiplican y aglomeran los misterios.

*Id por todo el mundo;* hé aquí la misión del apóstolado ó, lo que es lo mismo, de la Iglesia católica.

Mision grande, sublime, general, para todos los hombres y para todos los tiempos, como transmitida por aquel en quien residia toda potestad en el cielo y en la tierra. *Predicad mi Evangelio á toda criatura;* hé aquí consignado el magisterio de la Iglesia, magisterio que sólo Dios puede conferir, porque ningun hombre tiene derecho para enseñar á otro; mi razon es tan superior é independiente como la de los más profundos filósofos, y hé aquí la potestad de enseñanza que reside en la Iglesia católica, y sólo en la Iglesia católica. *El que creyere será salvo, el que no crea se condenará;* hé aquí la infalibilidad de la Iglesia, porque nadie, ni Dios mismo, puede obligarnos á creer, si no nos garantiza de la verdad de su doctrina.

Pero ¿á qué esa superabundancia de *predicad á toda criatura?* ¿Por ventura los seres irracionales é insensibles son capaces del conocimiento de la verdad? El P. San Gregorio, tomando estas palabras en su sentido literal, dice: «que el hombre, bajo cierto aspecto, reúne en sí todas las criaturas, por cuanto conviene con los ángeles en la racionalidad, con los animales y las plantas en la sensibilidad y vegetacion, y con los seres inanimados en la existencia:» *omnis creatura aliquid habet homo.* Cuyas palabras, comentando un sábio expositor, dice: «predicad al hombre en sus dos partes esenciales, en su parte sensible, raiz de todos sus apetitos groseros, en la que conviene con los brutos, y predicad á su

parte espiritual, raiz de su amor propio, de su orgullo y de su soberbia, y en la que conviene con los ángeles.» Pero en sentido espiritual pueden entenderse las palabras del Salvador por la generalidad del género humano; es decir, «predicad á todos los hombres, sin distincion de clases, estados ni condiciones, al pobre y al rico, al jóven y al anciano, al súbdito y al soberano: decid á todos, sin distincion, que mi autoridad no reconoce acepcion de personas, que mi doctrina es universal, que el que creyere, sea quien fuere, y se purifique en las aguas del bautismo, se salvará; pero el que no crea, sea quien fuere, se condenará:» *Qui crediderit, etc.* ¡Terribles palabras, señores, que confunden todas las insensatas argucias de los que pretenden establecer la libertad de conciencia, condenando de intolerancia á la Iglesia católica! Sí, Jesucristo lo ha dicho: el que no crea se condenará, el depósito de fé está en la Iglesia católica; de donde se sigue, que fuera de la Iglesia católica nadie puede salvarse.

No cree suficientes el divino Maestro las instrucciones que anteceden, y para evitar dudas y fraudes, continúa diciendo á sus apóstoles: «Las señales por donde habeis de conocer á los que verdaderamente crean, son las siguientes: en mi nombre arrojarán los demonios de los energúmenos; hablarán nuevos y varios idiomas; pisarán sin lesion las serpientes y animales nocivos, y si bebieren algun veneno, no les dañará; pondrán su mano sobre los enfermos, y

quedarán sanos:» *Signa autem eos qui crediderint hæc sequentur, etc.* Estas prodigiosas señales y divinos carismas, distinguían á los verdaderos fieles durante los primeros siglos.

Pueden considerarse material y espiritualmente. En sentido material y literal son lo que suenan; los fieles de los primeros siglos poseían las gracias de profecías, milagros, sanidad, etc. Pero estas gracias se hicieron menos comunes algún tiempo después, porque ya no eran necesarias, «á la manera, dice el P. San Gregorio, que cuando hacemos una nueva plantación, la regamos hasta que bien haya arraigado; así la Iglesia, ya arraigada y gloriosa por todo el mundo, no necesita con tanta constancia el riego de las gracias exteriores:» *Et nos cum arbusta plantamus, etc.* Fué muy conveniente también que estas gracias se disminuyeran pasados los primeros siglos, porque hubieran sido ocasión de muchos males, así que fuera desapareciendo el fervor primitivo de los fieles. ¡Cuántos pretextos para la soberbia, la vanidad y la envidia, y para la simonía en los siglos de relajación hubieran ocasionado!

Pero consideradas estas gracias en su sentido moral y espiritual, existieron en los primeros fieles, y permanecen aun entre nosotros. El mismo P. San Gregorio nos hace esta bellísima exposición: «arrojan los demonios los que por sus virtudes se les hacen temibles, ejerciendo sobre ellos un imperio absoluto;» ó como añade San Juan Crisóstomo: «el demonio

grande es el pecado, y el que le separa de sí hace una obra mayor que si arrojara al demonio del cuerpo de los energúmenos. Hablan diferentes idiomas los que, habiendo mudado de vida, convirtiéndose y apartándose de sus pasados desórdenes, cambian su lenguaje de puro é impío, en modesto y piadoso. Tocan sin lesión las serpientes los que con sus exhortaciones arrancan la maldad del corazón de los demás:» *Qui bonis exhortationibus suis malitiam de alienis cordibus auferunt.* «Beben el veneno sin peligro los que, arraigados en la virtud, oyen palabras que le inducen al mal, pero no son arrastrados á él:» *Dum pestíferas suasionem audiunt, sed tamen ad operationem pravam minime pertrahuntur.* «Y sanan los enfermos aquellos que, con su buen ejemplo, confirman á los demás en sus santas obras:» *Qui exemplo suæ operationis aliorum vitam roborant.* ¡Preciosos dones que han distinguido y distinguirán siempre á los verdaderos discípulos de Jesús!

Terminada ya su misión nuestro divino Salvador, elegidos los testigos de su glorioso triunfo y fortalecido el corazón de sus discípulos, después de haber determinado cuanto era necesario para el establecimiento de su Iglesia, *postquam loquutus est eis,* comenzó á elevarse hácia los cielos por la virtud de su omnipotencia: *ascendit in cælum.* «Elías y Enoc fueron arrebatados por una virtud extraña, para dar á entender que eran puros hombres, dice el P. San Gregorio; pero nuestro Señor Jesucristo lo fué por

su propia virtud, para significar que era Dios. No necesitó de la ayuda de los ángeles, ni de ser llevado por un carro de fuego, porque el que habia criado todas las cosas, era sobre todas ellas:» *Redemptor noster non angelis non curru sublevatus legitur, quia qui fecerat omnia, super omnia sua virtute probatur.*

Pero una circunstancia muy digna de nuestra atencion nos refiere el evangelista San Lucas, á saber: «que nuestro adorable Redentor, desde el momento de abandonar la tierra, hasta que fué envuelto por una nube resplandeciente, bendecia sin intermision con tierno afecto á su santísima Madre, á sus apóstoles y discípulos, á las santas mujeres y á una grande multitud que habia concurrido, y en ellos á toda la Iglesia que habia fundado, á toda la humanidad que habia rescatado y á toda la tierra que habia santificado con la efusion de su sangre.» De este modo, el que bendijo á toda la creacion material, bendijo tambien la nueva creacion espiritual que habia hecho en el orden de la gracia.

Los apóstoles y demás espectadores de aquel grandioso espectáculo, absortos, llenos de dolor, é inundados sus ojos de lágrimas, no acertaban á separarlos del lugar por donde habian visto subir á su amado Maestro; pero dos ángeles, vestidos de blanco, acercándose á ellos les dicen: «¿Por qué tenéis vuestros ojos fijos en el cielo, hijos de Galilea? Este mismo Jesus volverá á venir del mismo modo que le habeis visto subir al cielo.» *Viri Galilei, quid*

*statis, etc.*, y entonces, abandonando el monte de las Olivas, volvieron todos á Jerusalem.

Regocijémonos, pues, con San Cipriano de una cosa tan nueva, tan extraña, como el ver á nuestra naturaleza terrestre, elevada en la persona de Jesucristo sobre el régio trono de los cielos, que es nuestra suma y eterna felicidad.—AMEN.